

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

MADRID	
	Pesetas.
Mes.....	1
Trimestre.....	2,50
Semestre.....	5
Año.....	10
PROVINCIAS	
Tres meses.....	3
Seis.....	5,50
Año.....	10
Extranjero y Ultramar...	5 pesos
CORRESPONSALES	
25 números de El Motín.....	2,50
Idem del Suplemento.....	0,75

NÚMERO DE EL MOTÍN
15 céntimos.



ADMINISTRACIÓN

Fuencarral, 119, principal.

Las suscripciones empiezan en 1.º de mes, y no se servirán si al pedido no acompaña su importe. Los libreros y comisionados recibirán por las suscripciones que hagan el 10 por 100. La correspondencia al Administrador del periódico.

CENTRO DE SUSCRIPCIÓN

En Madrid, librería de D. Fernando Fe, Carrera de San Jerónimo, núm. 2, y de D. Antonio San Martín, Puerta del Sol, 6. En la Habana, Galería Literaria, calle del Obispo, 55.

NÚMERO DEL SUPLEMENTO
5 céntimos.

PERIÓDICO SATÍRICO SEMANAL

LO DICHO, DICHO ESTÁ

Refiriéndose á nuestro artículo del número pasado *La causa del mal*, y contestando á un diario conservador, dice el órgano del dolorosamente sorprendido:

«*La Justicia* no se ocupa de estas miserias de la política personal. Tiene más elevados fines á que atender y un concepto muy superior del respeto debido á los hombres políticos y de la misión de la Prensa.»

Ha dado el colega con la palabra propia para calificar los hechos de que nos ocupamos: *miserias*; porque lo son, y en grado altísimo. Y obra bien al no hablar de ellas, porque podría darnos pretexto para revolver otras mayores.

Lo que es indigno de su ilustración es la vulgaridad de sostener que no debe hacerse política personal. ¿Acaso las ideas no se purifican ó se enfangan según el hombre que las interpreta ó las aplica? ¿O es que no debemos tomar precauciones contra el libidinoso que predica ideas puras y contra el ladrón que ensalza el respetó á la propiedad?

Esto, aparte de que nosotros no hacemos política personal, sino historia; que no recordamos hechos torpes y vergonzosos por mortificar á sus autores, sino por advertir á los que fueron sus víctimas; que si resucitamos las miserias de los hombres que dieron al traste con la primera República, es por evitar que desacrediten y pierdan la segunda, y porque no pueda mañana un ex ministro de ésta decir lo que dijo de aquélla el Sr. Sorní en la carta leída en el *meeting* federal del 11 de Febrero último, que existían odios á muerte en las Cortes Constituyentes entre las personas más eminentes del partido federal.

Y obramos así por impedir que lleguen falsos prestigios á torcer el curso de la revolución, ni á dirigirla á su antojo los que dieron entonces indiscutibles muestras de incapaces, sin haber hecho después nada para enmendar sus yerros, antes por el contrario, mucho para convencernos de que siguen albergando en sus pechos las mismas emulaciones, iguales odios, idénticas miserias, según confirma el mismo Sr. Sorní en estas palabras:

«Catorce años han pasado desde entonces y el transcurso de este largo período nada nos ha enseñado: los mismos odios entre las diferentes fracciones del partido republicano, las mismas envidias, las mismas pasiones, las mismas aspiraciones exclusivas que mataron la República.»

¿Política personal! Si quisiéramos hacerla en el sentido que se pretende dar á esa palabra, imitaríamos á Pi amenazando á Figueras, á Salmerón echando zancadillas á Castelar, y á éste odiando á todos; y no por patriotismo, por amor á los principios ni por salvar la República, sino por apetitos de poder, por concupiscencias de mando; mientras nosotros lo hacemos sin otra esperanza, ni otra aspiración, ni otro deseo que el de impedir la repetición de una vergüenza que aun nos escaldaba el rostro cual si de ella fuéramos responsables.

¿Cómo! ¿Estamos sufriendo las consecuencias de aquellas faltas y torpezas; vemos al país esquilado y muerto por la restauración á que dieron lugar, y no hemos de tener siquiera el derecho de quejarnos y dar la voz de alerta para que el pueblo no vuelva á entregarse confiadamente en manos de los que lo arrojaron al abismo y no han intentado salvarlo después? Sólo el suponerlo nos ofende.

«Que tiene *La Justicia* fines más elevados á que atender...»

¿Qué quiere decir con esa frase hueca? ¿Acaso hay alguno en estos momentos superior al de alentar la idea revolucionaria, única que puede salvarnos? Y en tal sentido, ¿han hecho en estos últimos tiempos la mitad que nosotros los hombres del colega? ¿ó es que se reserva el alto fin de aliar el ejercicio de la abogacía con los intereses del trono, ó el más excelso aun de poner la autoridad adquirida en la Presidencia de la República á merced de las dinastías reinantes para conjurar escándalos con que amenazan emperatrices de bastidores! En este caso, lo reconocemos, hundiéndose la frente en el polvo: nuestros fines no son tan elevados.

«Que tiene un concepto muy superior del respeto debido á los hombres políticos...»

Otra frase vacía, usada por los que tienen el tejado de vidrio. Cuando á los políticos se les entregan depósitos sagrados y los pierden; cuando no tienen propósitos firmes ni convicciones arraigadas; cuando no inspiran confianza por sus veleidades; cuando todo lo sacrifican á su egoísmo; cuando pronuncian con tono pedantesco frases como aquella de *húndase todo, patria y libertad*, antes que faltar yo á mi conciencia, y se ve luego que esa conciencia no vale lo que el más pequeño grano de arena del suelo patrio ni el más leve soplo del viento de la libertad; cuando, en fin, esos hombres no se respetan á sí propios, ¿qué respeto hemos de guardarles los demás? ¿O vamos á ser más papistas que el Papa? Esto sin olvidarse de que lo verdaderamente digno de respeto ha sido, es y será siempre la verdad; que á ella nos debemos y por su triunfo trabajamos; y que muchos no le rinden culto por temor á que rebote sobre sus cabezas.

«Que también tiene un concepto muy superior acerca de la misión de la Prensa...»

Está visto que *La Justicia* se ha formado un repertorio de frases hechas, desacreditadas para salir del paso cuando no puede contestar á lo que le dicen.

¿La misión de la Prensa! Generalmente los que más hablan de ella suelen ser los que la comprenden menos; aparte de que varía según los tiempos y las circunstancias.

En los períodos de propaganda la cumple el periódico difundiendo principios; en el poder pidiendo y facilitando su aplicación; frente al enemigo luchando incansable por derribarlo; y siempre y en todos los casos desenmascarando falsantes políticos, señalando errores, animando á los hombres que van por el camino recto y combatiendo á los que de él se apartan.

Y deja de cumplirla el periódico que se funda para sostener disidencias basadas en la envidia, ó para hacer coro á los que combaten al hombre que antes se tuvo por jefe, ó para mantener procedimientos de agua chirle en tiempos que exigen la concentración de todas las energías; ó, lo que es más censurable aún, para echar sobre los antiguos correligionarios responsabilidades que deben compartirse como se hubieran compartido las glorias.

Si los conservadores vuelven, como todo hace suponer, y la persecución se acentúa, entonces veremos si *La Justicia*, que habla hoy de la misión de la Prensa, sabe resistir, sin solicitar auxilio ajeno, multas, recogidas, procesos, encarcelamientos, arbitrariedades de todas clases, sin quejarse, ni transigir, ni ceder, sino, por el contrario, aumentando los bríos á cada golpe; hiiriendo más hondo cuanto más acorralado; respondiendo con el salvazo al insulto y con el puntapié á la amenaza; irguiéndose á cada nuevo atropello, dispuesto á quemar el último cartucho y liarse á mordiscos después; saliendo quebrantado de salud y de intereses, pero orgulloso de haber contribuido en la medida de sus fuerzas á la caída de los miserables que oprimían á la nación y la deshonraban.

Cuando haya hecho algo de esto, porque todo no lo hará nunca, entonces podrá *La Justicia* hablar autorizadamente de la misión de la Prensa; ya que sus hombres prefirieron en aquella época vivir tranquilos en sus casas á ponerse al lado de sus compañeros que luchaban, y conocer prácticamente lo que cuesta en determinados instantes cumplir con esa misión de que ahora hablan.

En resumen y para terminar: Convenzásenos de que no decimos verdad; que alteramos ó tergiversamos los hechos; que el afán de exhibición nos ciega; que aspiramos siquiera á formar un grupo de admiradores inconscientes para alzarnos sobre sus hombros; que enemistades antiguas nos impulsan contra hombres á quienes apenas hemos saludado, ó que nos mueve otro deseo que el de preparar el advenimiento de la República en condiciones que no la puedan perder los que ya una vez la perdieron; convenzásenos de algo de esto, repetimos, y cesaremos inmediatamente en nuestra campaña patriótica.

Peró mientras esto no se haga (y no se hará, porque sabemos lo que somos, lo que queremos y adónde vamos, cosa que no les sucede á las tres figuras siniestras del partido republicano), tenemos el deber, que cumpliremos muy gustosos, de continuar por nuestro camino, sin importárenos un ardite de la opinión que formen de nosotros los sectarios de esos jefes.

Á CAER

Se acerca la hora; tanta complacencia con los conservadores, tanta debilidad para acometer las reformas prometidas, tanto celo para favorecer á los especuladores de la política y tan poco para atender á las necesidades de los pueblos, tenían forzosamente que traerlo á la situación en que se halla.

Sagasta va á caer como cae siempre: sin lucha y sin gloria, envuelto en las redes de una intriga de bastidores, y sin dejar de su paso por el poder nada que mueva á echarle de menos cuando manden los conservadores, sus presuntos herederos.

Lo que el miedo de éstos le dió en el Pardo, va á quitárselo su propia cobardía.

No se ha atrevido á imponerse marchando por el camino de la libertad, á la que sólo finge amar en la oposición, y ha querido vivir á fuerza de transacciones y componendas, apelando unas veces á la benevolencia de los falsos demócratas y otras á la de los conservadores, sirviendo sus intereses y favoreciendo sus proyectos.

Así, su tarea no ha sido la de gobernar con plan fijo y voluntad resuelta, sino la de saciar apetitos y zurcir voluntades. ¿Digna misión del hombre de Estado á quien Castelar cree destinado á regenerar el país y á hermanar la democracia con la Monarquía!

Y á este hombre han protegido con su silencio los republicanos en las Cortes, y de él han esperado, ó aparentado esperar, las reformas que harían posible la lucha legal para conquistar la República!

Que repasen cuando caiga todos sus actos como presidente del Consejo, que vean los frutos de su política, y comprenderán que el papel que han hecho es el de ridículos comparsas en una obra bufa.

Digo mal: si hay escenas bufas en esta obra de la dominación fusionista, las hay también trágicas, como las de Ríofinto, y tan repugnantes y costosas para el país como las que ofrecieron el negocio de la Transatlántica, el proyecto de indemnización á los negociantes norteamericanos, y las oficinas del Estado convertidas en albergue de defraudadores y en semillero de capitalistas improvisados.

Por eso, al caer hoy los autores de esa farsa que hace más de dos años viene presenciando el país, los acompañan, á la par que las careajadas que provocan su ineptitud y su torpeza, los gritos de indignación que arrancan sus violencias y tropelías.

Y esto es lo único que dejará tras de sí el Gobierno fusionista que preside Sagasta, próximo á caer de un puntapié en el sitio en que, según el dicho vulgar, ha convertido su boca, después de haber prometido tanta reforma liberal y tanta moralidad administrativa que por ninguna parte se han visto.

RESPIRAR POR LA HERIDA

Sintiendo como cosa propia lo acontecido á Sagasta en la cuestión Montpensier, dice D. Emilio por medio de su órgano en la Prensa:

«Es cosa grave, cuando la democracia adopta un criterio optimista y quiere creer que han acabado los obstáculos tradicionales, que se han desvanecido las camarillas palaciegas y que ciertos poderes tienen más de simbólico y heráldico que de real y efectivo, es cosa muy grave, decimos de nuevo, el encontrarse de pronto con influencias ó intrigas que vienen á renovar los sucesos y manejos de reinados anteriores, á sembrar la alarma, á sofisticar el régimen constitucional y á debilitar los resortes de gobierno. Si tales usanzas vuelven, con ellas volverán aparejadas las que señalaron los períodos últimos del reinado de Doña Isabel y del reinado de D. Alfonso.»

EL MOTIN



El gran trapero político.
Ayuntamiento de Madrid

Todos los optimismos se fundaban por parte de los demócratas en la hipótesis de que aquellos obstáculos no fuesen ya el impedimento único al desarrollo de la libertad práctica y al ejercicio de la soberanía nacional; todos se disparan al punto mismo en que no hallen el necesario fundamento.

Si en tierra tan probada como la de España por los empeños reaccionarios de Fernando VII, María Cristina, Isabel II y Alfonso XII se pretende por algunos volver á aquellas abominadas tradiciones, nadie podrá maravillarse de que, llegado el momento crítico, volvamos todos á las nuestras.

Es notable la perspicacia del gran tribuno.

La inteligencia poderosa que resuelve todos los problemas políticos y sociales, el don profético que le permite asegurar que la monarquía democrática es el porvenir de la generación actual, no le habían hecho sospechar hasta ahora que pudieran existir camarillas palaciegas y obstáculos tradicionales, con influencia decisiva en la política, y á los cuales obedece el encumbramiento ó caída de los jefes de partido.

Pero hoy, ante el temor de que Sagasta deje el poder sin realizar sus planes, ó acaso los del propio D. Emilio, comienza á ver claro y casi reniega de lo que llama criterio optimista de la democracia.

¡Qué terrible desengaño! ¡Pensar que á Sagasta le bastaba contar con la confianza y el apoyo del país representado por la mayoría, y sobre todo con el propio don Emilio, que vale más aún, para disfrutar tranquilamente el poder, y encontrarse con que, dentro del régimen monárquico, son suficientes un capricho ó una debilidad del momento para que se le vaya de las manos!

Comprendemos la indignación de Castelar ante ese descubrimiento, que ya había hecho todo el mundo menos el sublime cantor de la raza latina, entretenido últimamente en gorjear aires monárquicos, y nos explicamos sus furores y amenazas.

El, que había soñado ser el ángel custodio de Sagasta, siguiéndole, como la sombra al cuerpo, lo mismo al banco azul que al palacio de Anglada, donde, según su deseo, se establecería la Presidencia, para honra y provecho de los contribuyentes; él, que estaba dispuesto á regalar á la fusión, para que las utilizase en su servicio, las mesnadas posibilistas, y á tener su partido acuartelado en las oficinas, debe sufrir horriblemente ante la idea de que una simple palabra pronunciada imitando el timbre delicado de la suya, pueda dar al traste con esos proyectos de ventura.

Mas ¡ay! no en balde se ha provocado su enojo; si sus sospechas salen ciertas y hay camarillas y obstáculos tradicionales, también él volverá los ojos á la tradición, y se verá al Castelar tremendo que vieron los zaragozanos jurando no consentir que un rey extranjero hollara con su planta el territorio español.

Afortunadamente para el trono, el tribuno no cumple esa clase de promesas.

EN SU SITIO

Hace tiempo que el Sr. Ruiz Zorrilla guarda un silencio que ha sido comentado de diversas maneras.

Tiene anunciado un manifiesto, que no ha publicado ya por el giro que ha tomado aquí la política, y su actitud ha sido presentada ante la opinión según convenía á unos y otros.

Creemos que ya está aclarada esta incógnita, y que su actitud la tiene definida.

Por casualidad ha llegado á nuestro conocimiento que el Sr. Ruiz Zorrilla ha dirigido una carta á la comisión que le remitió un álbum el día 1.º de Enero, en que la felicita, así como á los firmantes, porque le prueban que en España abundan los hombres de sano corazón y de conciencia honrada que, aun ante el ejemplo de *desmayos increíbles*, protestan contra el triunfo prolongado é inhumano de la más alevosa de las traiciones.

Considera como el mayor crimen político el arrebatarse á una nación su soberanía, y cree que tras de la victoria de esos crimenes se abren paso siempre irreflexivos desalientos.

No se detiene aquí el Sr. Ruiz Zorrilla, sino que afirma que cuando esa victoria sobre la libertad— que califica de brutal— persiste, aquellos grandes desalientos suelen convertirse en grandes complicidades.

Entiende que es inevitable el triunfo de los ideales republicanos, y que su retraso se debe sólo á incomprendibles vacilaciones y secundarias diferencias, y aconseja á los españoles á que lo olviden todo sin retroceder ante ningún género de sacrificios, llevando á cabo por la República hasta el último de los esfuerzos.

El Sr. Ruiz Zorrilla cree que de los republicanos depende la victoria, pues la nación continúa viendo en su bandera la reconquista de sus libertades y la reivindicación de sus derechos; pero que para vencer es necesario combatir y hay que atacar con resolución y firmeza al enemigo, *sin tregua ni descanso*, lo mismo cuando oponga la violencia que cuando quiera quebrantar con la perfidia.

Suponemos que los diputados de la minoría republicana fijarán su atención en la actitud del Sr. Ruiz Zorrilla, y eso que hoy tenemos que decir que parecen dispuestos á acentuar de verdad su oposición.

Nunca es tarde si el resultado corresponde á los propósitos.

(El Liberal.)

LA CARICATURA

Mientras la minoría republicana aparta prudentemente la mirada de ese montón de guiñapos de la política que constituye la situación actual y no denuncia la podredumbre que encierra, Romero Robledo mete resueltamente el gancho y saca á relucir la indemnización

Mora, las matanzas de Ríotinto y demás trapos sucios del Gobierno fusionista.

Siquiera él no sea la persona más autorizada para hacerlo, no puede negarse que presta un verdadero servicio, pues para combatir un foco de infección es preciso que antes se le conozca.

PALOS Y PEDRADAS

Dijo el Sr. Pi en el discurso del Circo Rivas que los federales no atacaban á los republicanos, y casi casi sentimos remordimientos por haberlo hecho.

A los pocos días *La República*, su órgano en la prensa, publicó un notable artículo titulado *Mirabeau*, y en el que, después de pintar el lujo y la ostentación del gran orador, intercalaba párrafos como el siguiente al hablar de que se había vendido á la Corte:

«El Rey pagó parte de las deudas de Mirabeau, 80.000 francos, ó sea casi la mitad; le asignó 6.000 libras mensuales y depositó para él en tercera persona cuatro bonos de 250.000 cada uno, que fueron devueltos al Rey después de la muerte del gran tribuno.»

¿A quién dirige el tiro? Al que se ve retratado de cuerpo entero en este párrafo con que el artículo termina:

«Cuando veas á algún orador republicano, por grande, por famoso ó incomparable que sea, renegar públicamente de sus principios, ensalzar la monarquía y prestar apoyo á los gobiernos que la defienden, guárdate bien de hacer juicios temerarios; no le acuses de hombre venal y corrompido, no; pero... pero acuérdate de Mirabeau.»

Nunca hemos dirigido nosotros á ningún gran tribuno ataques de ese género, sin que por esto censuremos el que otros lo hagan.

Pero conste que si el atacar á los republicanos que no van por el buen camino es una falta (nosotros lo creemos un deber), todos la cometemos.

Romero Robledo á Pedregal en el salón de conferencias:

«Pero ¿qué hacen ustedes? Al fin tendré que ser yo el que corra el velo que oculta algo grave. Y ¿qué diferencia entre ustedes y yo! Yo tengo que apuntar. Para ustedes todo es blanco!»

No puede censurarse de manera más terrible la conducta de los republicanos en el Congreso.

¡Qué vergüenza! ¡Tener un monárquico que recordarles el deber que contrajeron al ser elegidos! ¡Luego piden respeto y que no se haga política personal!

Cuando pienso en que estos hombres acomodaticios, faltos de carácter y energía, tendrían influencia en la República, si viniese, tentaciones me dan de exclamar: ¡que no venga!

Y si no lo digo es porque confío en que el Pueblo sabrá entonces cumplir con su deber.

Wilson, el yerno de Mr. Grevy, ex presidente de la República francesa, ha sido condenado por el tribunal de Policía correccional á dos años de cárcel, tres mil francos de multa y cinco años de inhabilitación para los derechos civiles y políticos.

No digo por traficar en condecoraciones, por traficar con la honra ó la integridad de la patria y saquear su tesoro no sufre aquí ningún personaje un percance por el estilo.

Aquí sólo castiga la opinión, y en voz baja, para que no se entere y la obligue á callar la Justicia.

Es decir, la justicia que administran los Tribunales.

El ministro de la Gobernación ha firmado un decreto por el que se resuelve la importante cuestión de los humos de Huelva en el sentido contrario á las calcinaciones al aire libre, pero señalando un plazo de cuatro años para que las empresas apaguen las teleras.

A lo cual pone *El Resumen* el comentario de que el ministro se habrá dicho:

«En diez años de plazo que tenemos, ¿el rey, el burro ó yo no moriremos?»

¡Divino! ¡divino! Se van portando los reformistas. Si siguen así, habrá que volverlos á nuestra gracia.

Blasco, ese tipejo que ha alquilado su pluma á todas las causas políticas, y que ahora ejerce nuevamente de conservador, se atreve á decir que el 22 de Junio la reina Isabel lloró la muerte de sus bravos soldados y perdonó á sus enemigos.

¿Perdonar, cuando fueron fusilados sesenta y dos insurrectos, y cuando se han hecho célebres estas frases de O'Donnell: *Pero ¿no se harta de sangre esa señora? ¿Quiere que llegue hasta su alcoba y la ahogue?*

¡Qué cosas hacen algunos por un pedazo de pan!

Dice *El País*:

«La noticia de que de un día á otro se promulgaría un decreto suprimiendo las calcinaciones al aire libre, la sabían los especuladores de París hace dos días.

Según parece, aquellos han vendido estos días 100.000 acciones de las minas de Ríotinto.

Huelgan los comentarios para los que están al tanto del movimiento que han tenido en estos últimos meses los valores de Ríotinto.»

¿Habrá entre los fusionistas algún condé de la Rómula como entre los conservadores?

Que se averigüe, y que lo diga el que lo sepa.

De La Bañeza telegrafían á un colega que la inmensa mayoría del vecindario se reúne para dirigir al ministro de Gracia y Justicia un testimonio de gratitud por haber acordado la traslación del juez de primera instancia de aquella localidad.

El telegrama lo firman representantes de todos los partidos políticos.

Vamos, una cosa así como las declaraciones de gratitud que publican los vendedores de específicos.

Lo que ahora falta es saber lo que dirán los vecinos del pueblo adonde ese juez se ha trasladado.

Azcárate no ha dicho hasta ahora ni una palabra sobre el asunto Mora, ni sobre otros asuntos igualmente interesantes.

El sorprenderse dolorosamente y reprobar con energía se queda para otra clase de sucesos.

Para aquellos que, como el del 19 de Septiembre, de ser próspero, le hubieran dado una cartera como la coalición le dió el acta de diputado.

Copiamos de *El Resumen*:

«Se habla del desengaño que vamos á sufrir los reformistas si Sagasta sale del poder, y vienen los conservadores sin que se haya desarrollado la política liberal. No sería un desengaño; sería más bien una declaración de que no hay compatibilidad entre las cosas que hoy creemos compatibles.»

Empiezan á silbar vientos de Alcolea. ¿Soplará pronto el huracán?

Una gitana ha estafado en Zaragoza tres mil reales á la mujer del cochero del cardenal Benavides, haciéndole creer que ella poseía el secreto para que le tocara la lotería siempre que jugara.

Habría visto ese cochero tanto crédulo y tanto fanático en torno de su amo, que no es de extrañar que se haya contagiado.

La superstición se pega como cualquier otra enfermedad.

El Administrador de la lotería situada en la calle de O'Donnell, de Sevilla, se ha fugado con 133.283 pesetas.

Ha discurrido la manera de que le caiga el premio gordo, si en este caso, como en otros muchos en que se trata de funcionarios *irregularizadores*, la policía flaquea y no cae en manos de la justicia.

El Liberal ha demostrado que, dado el valor actual de la plata, el duro español vale sólo catorce reales y medio escasos.

Consolémonos pensando que los desfalcos descubiertos no alcanzan realmente á la enorme cifra que creemos, pues hay que descontar seis reales y pico de cada duro robado.

Varios diputados conservadores insultaron en el Congreso á los periodistas.

He aquí una cosa que jamás podrán hacer los periodistas con los conservadores, aun cuando al calificarlos apuren el vocabulario de los denuestos.

Un periódico mestizo da la noticia de haber sido apedreado un tren y exclama:

«¡Y luego dicen algunos que no hay salvajes en España!»

Nadie que conozca á los incendiarios de estaciones y asesinos en Cuenca, Olot y la sima de Igúzquiza, puede afirmar semejante cosa.

La Época llama al marqués de Novaliches «el verdadero caudillo de Alcolea».

Debió llamarle el único decente entre los isabelinos. Porque todos los demás corrieron, se escondieron, transigieron con los vencedores ó insultaron á los vencidos.

Como en Roma ven próxima la vuelta de los conservadores, han puesto nuevos reparos á la fórmula del matrimonio civil.

Mejor: así, aunque tarde algo más en establecerse, se establecerá de una vez y para siempre.

Dicen de Murcia que los jesuitas abandonan aquella ciudad por falta de recursos para sostener la casa que en ella tienen.

Es la prueba más completa del estado de miseria en que se encuentra el país, el que los jesuitas no hallen manera de explotarlo.

Un ministro de tendencias democráticas dicen que ha dicho:

«Nos vamos todos!»

Pues cuanto antes, que ya nos encargaremos aquí de que no vuelva nadie.

Dice *La Época* que los sucesos se precipitan, y bien pudiera ocurrir que de lo inesperado surgiese la solución.

Con esa esperanza vivimos.

Un motín en Tarazona á causa del impuesto de consumos.

Preludios simpáticos.

ADVERTENCIA

Dentro de pocos días pondremos á la venta la tercera y última obra del célebre cura Juan Meslier, titulada *La Religión Natural*.

Precio dos pesetas, con la rebaja del 25 por 100 á los suscriptores directos á EL MOTIN.

Imprenta Popular, Plaza del Dos de Mayo, 4.